

tra la ineficacia total —Ica-Caja Agraria—, o parcial —Sena-Acción Comunal— de las entidades que desconocen una estrategia de supervivencia surgida en los isleños como respuesta a un ambiente improductivo:

La estrategia es una: pagar lo menos posible por obtener lo que se desea. Para los pescadores con equipo eso significa mínimas alianzas, puesto que el pescado proporciona los medios para satisfacer sus necesidades. Para los pescadores sin equipo, lo esencial es asociarse con propietarios de equipo. Esto vale también para los vendedores de cocadas. Los "lancheros" buscan aliarse con los turistas —y especialmente con las turistas— que les proporcionan los recursos... Los isleños, en suma, operan dentro de las reglas de aquel juego: el de sobrevivir a corto plazo y minimizar las expectativas posteriores, y esperan que los demás actúen también de acuerdo con estas reglas [pág. 274].

Pero también hay quienes se favorecen con el proceso transaccional descrito. En San Andrés los políticos saben que su supervivencia depende de la habilidad para dirigir la mínima asistencia a los isleños y demás residentes de la intendencia, y para extraer del clientelismo el mayor beneficio para sí mismo.

Rosberg centra su exposición en el examen de las principales variantes concebidas por los isleños para enfrentar la economía turística en el contexto del clientelismo. Estas variantes se registran mediante la observación directa (participativa) del comportamiento de isleños que pescan, conducen lanchas con turistas o ejecutan labores domésticas. Los pescadores que tome como ejemplo son "Madman" Francis y su socio "Dog" Hodgson (pág. 121-165), de quienes reconstruye su origen familiar, costumbres, actitudes, técnicas de pesca, ingresos y despilfarros, factores estos muy semejantes. Su estrategia varía únicamente en cuanto a la decisión

de unirse o no a la cooperativa ("Madman" lo hizo, pero "Dog" no). Ellos representan a los isleños que han obtenido provecho de la industria turística mediante la acción colectiva. Al lado de este retrato se ofrece el de los "lancheros" (pág. 172-197), el grupo de isleños que lleva turistas en lanchas fuera de borda a los cayos cercanos, beneficiándose individualmente del turismo. Aquí el personaje típico es "Scorpion" Watson, cuyo comportamiento contradictorio —mezcla de afectividad e instrumentalidad— frente a los otros lancheros representa una modalidad "engañosa" en la actitud central del grupo poblacional. La tercera subcategoría social descrita por Rosberg es la de los vendedores de cocadas, residentes del sector del viejo cuartel (*barrack*), para quienes la preparación de los dulces de coco no es una forma de obtener ingresos, sino un método de distribución de excedentes entre los miembros del grupo, con lo cual se mantiene una viva amistad instrumental. La base de esta conducta sería la idea moral bautista prevaleciente, cuyo objetivo de: i) minimizar las diferencias, y ii) enfatizar la distribución de bienes, se compaginaría con su posición en las orillas de la red de distribución económica —ocasionales cargos burocráticos cedidos por los políticos, urbanización turística del vecindario, que les brinda la situación doméstica, etc.

Rosberg señala que estos tipos humanos —más que categorías sociales— no pueden utilizar la consejería agrícola del Ica, ni invertir en cultivos de yuca y plátano con préstamos de la Caja Agraria al 18% de interés, y que, aun poseyendo la tierra o el agua para ello, si recurren a los préstamos sus propósitos no son agrícolas, y si los obtienen tendrían pocas probabilidades de pagarlos. Rosberg cree que en estos casos opera una especie de analogía social de la teoría darwiniana de la selección natural que hace infructuoso el mecanismo de acción oficial: su propuesta es la reprogramación del papel de las entidades de desarrollo dentro de un contexto más realista, que *incluya* el pragmatismo

de las acomodaciones actitudinales de los recursos escasos a corto plazo propia de los isleños, *dentro* del cálculo para lograr objetivos a largo plazo.

De 1980 a hoy, San Andrés ha tenido una administración que se ufana de sus logros. Sin embargo, se comprueba que las agencias ineficientes permanecen allí, y que la burocratización y el clientelismo permiten el funcionamiento de aparatos ejecutivos y legislativos duales (consejo intendencial, concejo municipal, alcaldía municipal e intendente) en una superficie de 44 kilómetros cuadrados. El diagnóstico de Rosberg sobre esta comunidad *sui generis* no pierde vigencia.

JOSE ERNESTO RAMIREZ



El desmonte

La sexualidad del feminismo

Freddy Téllez

Carlos Valencia Editores, Bogotá, 1987, 124 págs.

La sexualidad del feminismo es a la vez un texto revisionista y programático. Junto con la lectura crítica de las teorías que abordan el problema de la mujer dentro de una estructura patriarcal y clasista, Freddy Téllez propone nuevas perspectivas desde las cuales pueda considerarse dicha

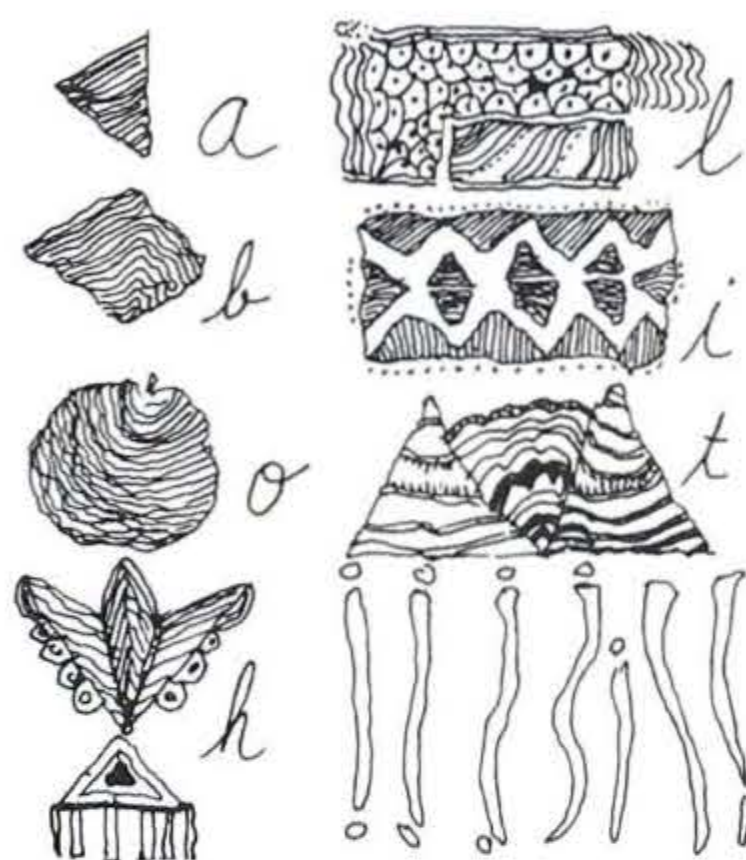
problemática. En este ejercicio crítico y transformador, el autor intenta superar la tendencia hacia la parcialización manifiesta en las ciencias sociales y médicas al abordar la cuestión femenina: ello supone la búsqueda de las determinantes y manifestaciones de la opresión de la mujer en una dimensión que integre los factores sociales, económicos, sexuales y privados.

La oposición naturaleza-cultura sobre la que se fundan los presupuestos básicos de los discursos feminista, marxista, psicoanalítico y antropológico es el punto a partir del cual Téllez demuestra de qué manera éstos han excluido de sus planteamientos teóricos el espacio de la sexualidad. La sexualidad, tal como la concibe Téllez siguiendo las teorías de Wilhelm Reich, no es simplemente genitalidad: se trata de una energía vegetativa autorregulada, activa consciente e inconscientemente en todo el organismo. La exclusión de este espacio no es sólo sintomática de la perpetuación de los esquemas patriarcales en algunas de estas teorías, sino que también en ella radica la clave para comprender la forma en que la sociedad ha modelado los roles de lo masculino y lo femenino.

En un movimiento defensivo, la cultura se ha enfrentado al caos (la naturaleza, la sexualidad), instituyendo un orden del cual derivan la distorsión de lo biológico y la relación indirecta del individuo con su sexualidad. Así las cosas, la identidad sexual se subordina a los patrones sociales: la expansión sexual es reemplazada por el rol masculino de la agresividad y del dominio y por el rol femenino de la represión y la pasividad. Dentro de esta dinámica, la sexualidad femenina es considerada como una fuerza subversiva y asocial que es necesario reprimir con miras a que la mujer reproduzca y conserve la fisonomía de la sociedad patriarcal; su pulsión sexual es mutilada al limitarla únicamente a la función reproductiva. En este punto, Téllez homologa la situación de la mujer a la del proletario en una sociedad clasista: "ella desempeña, por sanción, la función

de productora, y por jerarquía, el papel de dominada. Pero a la inversa del proletario que vive su condición en la protesta, es decir, en la fragilidad de lo social, la mujer vive su estatus en la ineluctabilidad de lo natural" (pág. 20).

La lectura crítica de Téllez pretende desmontar el arraigado principio según el cual la subordinación de la mujer es un hecho natural, y con este propósito señala las diferentes instancias en que ciertas teorías feministas y antropológicas incurren en dicho planteamiento. Tal es el caso de *El segundo sexo*, donde Simone de Beauvoir no escapa del biologismo al explicar las formas en que la mujer vive su cuerpo como fatalidad, generando un erotismo pasivo. Así mismo, los planteamientos de esta autora validan la exclusión de la sexualidad del campo de la civilización, al considerar que la institución de la cultura requiere el triunfo del espíritu masculino, que logra alcanzar su trascendencia gracias al control sobre la naturaleza y los instintos por medio de la guerra y el trabajo.



Por otra parte, Téllez evidencia cómo el modelo estructuralista de Lévi-Strauss conduce a la subordinación del orden económico con respecto al político, motivando las apreciaciones que subestiman el papel de la mujer dentro de las sociedades matrísticas. El autor destaca el hecho de que los estudios antropológicos pertenecientes a esta línea pasan por alto la devaluación sexosocial de la mujer en el proceso de transición

hacia las organizaciones patriarcales; en éstas, la función procreativa está sujeta a condicionamientos externos que tienen como consecuencia la minimización de lo sexual. Este hecho lo señala también Joan Kelly en su ensayo "Family and society" (Women, history and theory, Chicago, University Press, 1984), donde se afirma que el control paterno sobre la sexualidad con fines económicos es un rasgo común a las comunidades patriarcales.

Desde la perspectiva de Téllez, la visión integral de la cuestión femenina conduce al planteamiento de transformaciones dirigidas no sólo al desmonte de las estructuras patriarcales que determinan en parte la subordinación de la mujer, sino al de las capitalistas, sobre las que se fundamenta la sociedad clasista, puesto que "las formas de existencia económica de lo social —afirma Téllez— son igualmente formas de regulación de lo sexual y lo privado" (pág. 93). Las propuestas de Fourier, Marx y Reich conllevan una revolución necesariamente sexosocial que, en términos del autor de *La sexualidad del feminismo*, se plantea como una abolición de las clases y de la opresión de la mujer a través de "la lucha por el establecimiento de una economía sexual autorregulada" (pág. 95).

Con sensatez, Téllez propone la apertura del discurso feminista, desmontando la tendencia de estos movimientos hacia el radicalismo y el aislacionismo: no se trata simplemente de asumir una posición de denuncia y de condenar la sexualidad del machismo, ni de culpar a "los hombres" o a "la sociedad" por el tipo de condicionamiento a los que está expuesta la mujer. Inscrito en el contexto de lo político y lo privado, el problema de la mujer se hace extensivo al hombre en tanto que su sexualidad es también objeto de las distorsiones sociales. Se trata, entonces, de que tanto hombres como mujeres tomen conciencia de las formas en que han interiorizado y mantienen las estructuras patriarcales, para que llevando a cabo una transformación social y política se libere a la sexualidad de los roles impuestos que generan antagonismos artificiales.

ALICIA FAJARDO M.